

ESTUDIOS

Crítica y estilo literarios en Eugenio María de Hostos

Estamos ante un hombre íntegramente fuerte. Estamos ante un carácter que jamás claudicó. Porque no contaba con el éxito minúsculo. Y fué, en su propia tierra, perdedor de esas posiciones fugaces que tantas veces se facilitan a la mediocridad opaca y plegadiza. Pero quedó inmortalizado en el pensamiento de América: por el brío de su cerebro orientador; por la norma de su existencia ejemplar; por la doctrina de su apostólico credo. El don de menospreciar la derrota de pequeñas dimensiones fué máximo bien de su sabiduría. Como si presintiera, de hecho, adelantándose a la observación de un comentarista de nuestro tiempo, que la política debe ser el estudio de la organización social por excelencia; pero no la ciencia de capturar y el arte de retener un puesto público.

Se ha dicho que hay almas que por sí solas valen por un pueblo entero. Así la de Eugenio María de Hostos.

No vino al mundo para el triunfo fácil. Y por ser incom-

patible con el medio que en Puerto Rico prevalecía, tuvo que vivir casi siempre en el destierro. Nació para trabajar: para adelantarle ideas del porvenir civilizador al presente de su época. Y le pagaron en su pueblo el oro de su mina ideológica en cobre de negación e indiferencia.

Todavía en 1924, cuando yo lancé la idea de levantarle un monumento —a manera de incompleta y tardía reparación pública— deteníanme en las calles preguntándome, o me lo demandaban por escrito, que había hecho de Hostos para merecer una estatua.

En Puerto Rico —más que en otro cualquiera de los países que conocí— la gloria es el sol de los muertos. Y mientras nuestra isla —tan necesitada, ayer como hoy, de guía intelectual, lo desatendía y lo repulsaba— Eugenio María de Hostos prodigaba sus óptimas ideas en los Estados Unidos y en el Brasil, en la Argentina y en Chile, en Venezuela y en Colombia, en Santo Domingo y en el Perú, donde reconocieron su hombría, con que la incomprensión compensa a los esforzados en ordenar recuérdese —recuérdese siempre— que, aún más, falleció en el exilio. Siete lustros cuenta ya su tumba en tierra quisqueyana.

De Hostos sufrió el sacrificio de quien se decide a rectificar las monstruosas mentiras que han creado los errores del pasado y los vicios del presente. De Hostos padeció el olvido con que la incomprensión compensa a los esforzados en ordenar el mundo por medio de la cultura y de la dignidad humanas, con la esperanza de que el mundo pueda llegar a ser útil santuario del hombre. Y —nueva demostración de magnanimidad—: se sobrepuso al pecado de sus inmoladores. Recordaría, como los estoicos, que la sabiduría consiste en someterse a la razón, y la locura en acceder a las malas pasiones. Y purificó la ajena culpa en virtud de la acción infatigable y del evangelio servicial en pro de sus semejantes. Y actuó como patriota dondequiera que le dejaron sentir como propio el anhelo de cada país mejorado con su fecunda presencia.

De haber residido entre los suyos —en caso de comprender su pueblo la grandeza moral del héroe— hubiera muerto aquí;

frente a los que sólo tenían estatura local; sostenido por la resonancia continental de su nombradía, por la universalidad de su ilustración y por la aquilatada diafanidad de su ética. Pero ya no era hora de combates. Apenas podría hacer un viaje más. Y marchó hacia el destierro en patética partida. Y trató de olvidar el ambiente entorpecedor con una mirada consciente de perdonos que era ya la mirada de quien se parte para siempre...

Así subrayaba la pequeñez responsable de su ausencia y el noble dolor de no poderle servir a Puerto Rico en Puerto Rico mismo. Acentuaba, así, la superioridad ascendente de su progreso espiritual. Como quien aguarda la enmienda de la posteridad ante la injusticia del presente.

Y esa enmienda empezó a llegar con los bronces y las piedras del monumento. Y se ha intensificado y encumbrado hasta culminar ahora en la amplia consagración que le tributa el Nuevo Mundo. Nunca serían —en consecuencia— más merecidos que aplicados a Eugenio María de Hostos aquellos dos versos de Quevedo:

No admiten el invierno corazones
Asistidos de ardiente valentía.

Porque estaba habituado a sobreponerse a la adversidad. Y pudo dedicar su vida a la enseñanza del bien y a la formación del carácter. Porque sabía que la tolerancia es uno de los deberes más extensos a que estamos llamados en el concierto de la vida colectiva. Y en ese sentido la suya fué casi infinita.

Exigió, con frecuencia, en su ideal de perfección del mundo, más de lo que la carne y los huesos, la voluntad y los nervios son capaces de realizar.

En ese plano su programa es casi quimérico.

I

Tales hechos motivan, precisamente, las virtudes y las flaquezas de Hostos como crítico literario.

El sociólogo y el educador predominaban en él. Y ante un problema filosófico hallaba hondas dimensiones; y ante un problema ético desentrañaba, con portentosa luz, oscuros estados de conciencia. Pero en ocasiones se apartaba de la realidad, al observar o comentar objetivamente manifestaciones y síntomas de la vida misma. Hallábase dislocado frente a un ejemplo de arte por el arte. Se impacientaba ante la obra sin expreso propósito didáctico. Se desviaba al leer la página de invención deleitosa. No hubiera comprendido, como el humano Miguel de Cervantes, que hay horas de recreación donde el afligido espíritu descanse. No hubiera admitido, como la entendía el renacimiento italiano, la idealización de la belleza. Reputaba de inútil —cuando no de perjudicial— cuanto no fuera *verdad, equidad y ciencia*; cuanto no tuviera una aplicación moralizante a la vida del sentimiento en la patria o en la familia.

Cuando arrostra una tragedia como *Hamlet*, tan rica en funciones de la mente y en secretos del espíritu, las virtudes de crítico en de Hostos ofrecen aciertos sorprendentes. En el examen de las figuras dramáticas halla, una y otra vez, maravilloso estímulo para el comentario ético. Y dominando el mecanismo psicológico establece distinciones magistrales por su exactitud y su agudeza, por su hallazgo y su originalidad. Pero cuando tiende a relacionar el factor contemplativo con la realidad de la existencia, cae, no poco, en un lenguaje sentencioso que revela al legislador dogmático y no al flexible conocedor del amplio corazón humano. Así viene a decir, verbigracia: “De toda culpa de mujer es responsable un hombre, por injusto, por inepto o por liviano”. Con lo cual limita parcialmente el mundo de la conducta y del sentimiento, como lo estrechó, del otro extremo, Erasmo: “La mujer es siempre mujer, es decir loca, con cualquier disfraz que se ponga”.

Asombroso es, asimismo, que de Hostos, al tratar del Príncipe de Dinamarca, escriba: “A los treinta años todavía se ama”. ¿*Todavía?*... Un estudio de los grandes amantes; un recuento de las grandes pasiones, demostrarían que a esa edad apenas se ha empezado a *amar*, aunque mucho antes se comenzó a *descar*. Olvidóse de Hostos de lo que ya tenía observado, el

poeta latino que acertó a decir que un amor tardío suele ser más hondo:

Soepe venit magno faenores tardus amor.

Según he dicho en otra ocasión, si censurable es la literatura que halla morbosa delectación en el trato de las relaciones sexuales, casi lo es tanto la que, al amparo de un criterio puritano, rehuye enfrentarse con el problema erótico. Y de Hostos, en la crítica —como Pereda en la ficción de su tiempo—, no sólo lo rehuye, sino que lo rechaza. Porque para él una obra sensual es indigna de lectura. Actitud razonable en el moralista; incomprendible en el crítico que debió recordar, animado por conceptos que se hallan en *Hamlet*: “Nada hay bueno ni malo, sino lo que así hace el pensamiento”; que debió considerar, respaldado por el eco que repercute en Flaubert: “La moralidad de un libro depende de la moralidad de sus lectores”. Circunscribiéndonos a las letras de España, y si le aplicáramos la filosofía crítica de Hostos, ni el Arcipreste de Hita ni *La Celestina*, ni *La lozana andaluza*, ni *La Dorotea*, ni buen número de escritos de Cervantes, subsistirían hoy.

Pero de Hostos va más lejos. Mucho más. No se conforma con señalar las obras corruptoras desde el punto de vista estrictamente moral. De Hostos generaliza a propósito de todo un género literario, cuando escribe, en el capítulo XXXIII de su *Moral social*:

“La novela es necesariamente malsana. Lo es dos veces: una, para los que la cultivan; otra, para los que la leen. En sus cultivadores vicia funciones intelectuales, o para ser puntualmente exacto, operaciones capitales del funcionar intelectual. En los lectores vicia, a veces de una manera profunda, irremediable, mortal, la percepción de la realidad. En unos y otros determina un estado enfermizo, que se caracteriza por un apetito desarreglado de sensaciones y por una actividad aislada y solitaria de la fantasía. El hacedor de novelas, víctima inconsciente de su estado psicológico, hace el mundo a imagen y semejanza de su propio estado de razón y sentimiento; por su parte el lector

de novelas busca y pide un mundo semejante al mal imaginado y mal sentido por el novelista”.

Para de Hostos el fin que el arte literario puede y debe tener es concurrir con la ciencia a la formación del sistema de pensar contemporáneo. No concibe su valor aislado. El sociólogo busca únicamente la realidad. Y ataca todo lo que, según él, desordena las relaciones entre el individuo y la sociedad en que vive.

Imaginad un brillante. Su forma es perfecta. Su cristal es limpio. La línea y el color se aúnan para producir un conjunto atractivo, irreprochable en su apariencia. Así puede ser la óptima obra artística. Si así fuera, el crítico literario la encumbraría.

Imaginad el mismo brillante. Pero no para apreciarlo en su pulimento y admirarlo en su hermosura, sino para describir la agonía de su extracción de las entrañas de la tierra; para pintar el trabajo agobiador de los mineros miserablemente retribuidos; para contar la codicia de sus explotadores y las malas artes del mercado que vende la piedra preciosa; para presentar la estupidez de quienes se enamoran de las vanidades o sacrifican honor y hacienda a la posesión de la joya. . .

Bajo la luz de ese procedimiento, la gema dejará de resplandecer en el tribunal de la conciencia. Terminaremos por representarla como fruto del mal.

Si así fuera, el sociólogo la condenaría. Pero la adversidad de su fallo no quebraría la forma impecable. Ni desvirtuaría el resplandor sin reproche.

De ahí que, en cuanto sean incompatibles ambos aspectos —el de la moral y el del arte—, el crítico literario en de Hostos no asciende a primer plano. El lastre de la ética por la ética, lo limita. El propósito de hallar un fin útil, lo confunde. Y el hábito de afirmar dogmáticamente, lo equivoca.

Basta recordar —como ilustración de lo último que dejo dicho— esta sentencia hostosiana, en su ensayo acerca de *Plácido*: “Por eso las edades más tristes son las más poéticas, los pueblos más tiranizados los más líricos”.

Pocas edades tan tristes, por su mediocridad creadora, como el período de la historia de España desde la muerte de Calderón hasta los albores del siglo XIX. Pocas tan tristes por la debilidad de sus reyes, por los errores de sus gobernantes, por sus costumbres licenciosas. Y nadie afirmaría que fué la más poética. En cambio, Inglaterra: pueblo no tiranizado; pueblo de ejemplares conquistas cívicas y de amplias y firmes virtudes públicas, es el pueblo lírico por excelencia en la edad moderna.

No es de extrañar, consecuentemente, que, buscando en más de uno de los autores comentados por él la línea del patriotismo, la fábula del moralista o la ternura del buen hijo, mejor que los méritos artísticos, de Hostos —que no habló de Gutiérrez Nájera, de José Asunción Silva, de Rubén Darío— dedicara parte de su valioso tiempo a elogiar versificadores medianos como Guillermo Matta, como Guido Spano, como J. J. Pérez.

“Ni la moral ni la crítica”, aclara de Hostos en otra página, “pueden pedir al arte lo que no debe el arte dar”. Excelente rectificación teórica. Pero el hecho anterior sigue en pie. Pero la doctrina llega tarde: porque le han precedido muchas oraciones de severísima negación de ese postulado. Y llega tarde, también, en cuanto a su propio exponente, porque ya de Hostos había escrito sus más notables ensayos; porque muy poco antes reiteraba e insistía en la misma obra:

“Ese malogro de potencia intelectual, adicionado al de potencia efectiva que noveladores y lectores disipan en los argumentos pasionales de todas las novelas, sería bastante para desconceptuar ante la moral ese género de literatura, si otra más grande disipación, por ser más universal, la de tiempo, no hiciera de la lectura de novelas un formidable auxiliar de inmoralidad.

“El tiempo es vida, y consumir el tiempo en no hacer lo que se debe, es consumir inútilmente la existencia”.

Todavía a los cincuenta años —en 1888: fecha de la *Moral social*— de Hostos mantenía esa entereza para luchar a nombre de un positivismo que hoy llega a parecer pueril; que no hu-

biera justificado el filosófico señor de Montaigne cuando reconocía que los viejos, por andar desabridos y melancólicos, necesitan tomarse algunas licencias, meramente especulativas, a fin de desopilar el bazo...

De otra parte. Cuando de Hostos se convence —en su inteligencia y en su sensibilidad— de que el genio literario halla su igual en el mundo del espíritu, y exalta a Shakespeare; cuando el contenido y la forma alcanzan gemelas cumbres; cuando el ingenio de la palabra vale tanto como la profundidad de la idea: cuando existe un *Hamlet* y es menester de una mente polifacética para comprenderlo en sus múltiples manifestaciones; de una cultura interesada en diversidad de disciplinas para revelarlo en todos sus matices, hay que aguardar a que el maestro de *Meditando* pronuncie la sentencia definitiva. Porque lo hace con una intuición, y lo analiza con una sutileza, y lo expone con una diafanidad, y lo juzga con una autoridad que aminoran —cuando no eclipsan— las interpretaciones hechas por algunos astros de las letras de Europa, bien situados entre las figuras de máxima categoría de la literatura universal.

II

Horacio fué, probablemente, quien primero defendió la movilidad de la lengua. En su *Epístola a los Pisones* —pese a su intolerancia en otros puntos— se adelantó a decir que será lícito inventar palabras, si acaso es menester con voces y expresiones nuevas exteriorizar ideas también nuevas:

*Licuit, semperque licebit
Signatum praesente nota producere nomen.*

Mucho después, Mariano José de Larra expone análogo concepto de renovación: “Las lenguas siguen la marcha de los progresos y de las ideas; pensar fijarlas en un punto dado a fuer de escribir castizo, es intentar imposible”. Y también: “Pretender estacionarse en la lengua, que ha de ser la expre-

sión de esos mismos progresos —perdónennos los señores puristas— es haber perdido la cabeza”.

Muchas veces se señalaron, como características de la lengua española, las cualidades de sonora marcialidad, de amplios y majestuosos períodos musicales. Condiciones que se dilataron, por la fuerza selvática del Nuevo Mundo, en las letras ultramarinas. El seudocasticismo se momificó en muchos. La retórica glorificó a otros tantos.

Por eso es tan curioso el ejemplo de Eugenio María de Hostos. Nacido en la exuberancia antillana, debió ser susceptible de asimilar la tradición de la lengua vernácula y de contagiarse con el discurso afectado de la palabra desbordante. Sin embargo, ni al hablar del estilo ni al escribir aparece relacionado con aquellas circunstancias. Y —mejor aún—: se presenta oponiéndose a ellas con diáfana visión.

En sus cartas críticas dirigidas a don Ricardo Palma, con motivo de haber recibido las *Tradiciones peruanas*, de Hostos prolonga la teoría de Horacio y de Larra:

“...las *Tradiciones* están escritas en un lenguaje y un estilo que merecen concienzuda admiración. Y no porque el lenguaje sea castizo, que, en ese punto, opino hoy como opinaba en Madrid, cuando el bueno del dos veces gran Hartzzenbusch se imponía la benévola tarea de atraerme a su devoción por el habla feliz del Siglo de Oro. Entonces decía al noble viejo lo que pienso todavía: pienso que cada edad, en individuo y sociedades, tiene su forma peculiar de expresión, forma que corresponde al fondo de realidad que el pensamiento ha descubierto, al fondo de sensibilidad en que el corazón ha penetrado, al fondo de actividad en que nos ha sumergido el propósito de nuestra vida.

“No he admirado tampoco el estilo de las *Tradiciones* porque sea, espontánea y generalmente, feliz imitación del estilo personal de Cervantes, cuando expresamente lo imita, y del estilo picaresco de todos los escritores del siglo XVI, siglo español por excelencia...

“...El motivo crítico en que se funda la complacencia con que he saboreado las narraciones que he leído de su libro, no

es la imitación de lenguaje y estilo que me parecen fósiles, sino la realmente admirable adecuación del lenguaje y estilo imitados, a la época y vida social a que las *Tradiciones* se refieren. El lenguaje, por sí mismo, y el estilo, cuando no es revelación de una personalidad intelectual, en nada contribuyen al placer estético o al mérito artístico de una obra literaria”.

Con esa explicación —razonable y necesaria— de Hostos demuestra, desde 1886, la modernidad de su teoría y de su estilo. Se opone al estacionamiento de la lengua, aunque sea para mantenerla históricamente en su “momento de mayor esplendor”. Allí donde una lengua se detiene, allí muere. Ya en el siglo XX, Azorín regresa al tema. Y al hacerlo, contribuye, indirectamente, a demostrar la clara orientación de Hostos. Porque sabe que —contrario a lo que cree la generalidad de los afectos a las cosas literarias— el estilo deja de ser castizo cuando se plasma sobre giros, voces y maneras de decir de los escritores de hace tres o cuatro siglos. Aquéllos no imitaron en su construcción y en su vocabulario a sus antecesores. El lenguaje evoluciona. Evoluciona la sensibilidad, y ha de evolucionar el medio que tiene de exteriorizarse. Como hay en nuestro acervo mental aspectos, relaciones y matices de las cosas que no había en el siglo XVII, hay también una gama de expresiones literarias —lexicográficas y psicológicas— desconocida en el Siglo de Oro.

En uno de los artículos recogidos en *Meditando*, de Hostos revela exquisita sagacidad cuando, a propósito del romance, advierte que lejos de ser desdeñado o considerado, como indiscretamente es, una forma métrica de poco arte, se debiera cultivar del modo más cuidadoso. Y se refiere al romance como al molde en que debe vaciarse la epopeya de la familia de lengua hispánica.

El auge que en la lírica del siglo XX ha tomado el romance —especialmente desde que lo exaltó Federico García Lorca— es la mejor ejecutoria de la sabia previsión. Y el hecho de que Pedro Salinas refundiera el *Poema del Cid* —el más antiguo monumento de la épica española— sobre pie de romance, tes-

timonia, asimismo, el definitivo acierto de nuestro pensador.

Al aludir al novelista del *Quijote*, habla de Hostos —según se vió ya— del “estilo personal de Cervantes”. El vocablo *personal* pone de manifiesto cuán concienzudamente analizaba —y entendía— de Hostos, el estilo. Porque don Ramón Menéndez Pidal ha recordado, luego, que, entre 1585 y 1617, la lengua del *Quijote* no fué la característica de la época de Góngora y de Quevedo. Porque Azorín ha observado, después, que lo que en la prosa de Vélez de Guevara, de Castillo Solórzano, de Quevedo, es brillante, es en Cervantes ligereza, sutilidad, inactualidad. Porque Pérez de Ayala ha notado, más tarde, que Cervantes predicó una manera de teatro llana, simple y realista, enfrentándose con la moda de la hipérbole, el gárrulo discreto y la intriga inextricable que dominaban a la sazón.

El estilo de Eugenio María de Hostos es lección de sobriedad y de eficacia. Es jugoso, sin ser amplio; es armónico, sin ser retórico. Tiene ritmo propio. Se mueve a un compás sin artificio; pero bien ordenado en la exactitud de los giros y en la euritmia de su estructura. Estilo que ilustra a plena satisfacción el concepto de Swift: *proper words in proper places*.

Del portorriqueño que por sí solo vale por Puerto Rico entero podría resumirse —dentro de las demarcaciones del tema y del espacio aquí incluidos— que si guió a la América española con la luz de la razón —tratando de infundirle afán de ciencia y austeridad de juicio— le dió, asimismo, el ejemplo de una prosa elegante y clara —que es modelo de vitalidad y de modernidad— y el tesoro de un *Hamlet* que lo sitúa tácitamente en el florilegio de los ensayistas universales.

JOSÉ A. BALSEIRO,
En San Juan de Puerto Rico.

